

EDITORIAL

Cargado de buenas vibras y deseos de crecimiento, llega nuestro primer número de 2019, que apuesta por el matiz intergeneracional y propone una reflexión en torno a ese asunto vital que son los valores. ¿Cómo definirlos? ¿Son estos exclusivos de las generaciones más longevas? ¿Qué sucede en nuestra sociedad? ¿Qué implica nuestro compromiso cristiano?

Estas y otras preguntas sirvieron de motivación a las páginas que siguen. Así, el artículo de formación, de la autoría de Ofelia Bravo, comienza por explicar qué entendemos por valores, para luego poner énfasis en el papel de la familia como primer espacio donde estos se promueven.

Después de una síntesis de lo que ha sido noticia en relación al Programa en la página web institucional y las redes sociales, les compartimos la entrevista a un fundador del comedor de Pina, en Ciego de Ávila, servicio que surgió como iniciativa de los jóvenes para acompañar a los más vulnerables de esa localidad.

Cerramos nuestras páginas con el texto “¿Valoramos a nuestros ancianos? Envejecer en la cultura del descarte”, que ofrece la otra cara de la moneda e intenta examinar las causas de la indiferencia hacia las personas mayores, en circunstancias donde “vale lo que produce”.

Que cada una de estas letras nos ayuden a mirarnos por dentro, para así servir mejor en nuestra misión evangelizadora y en la promoción del desarrollo humano integral. ¡Que 2019 sea un año de frutos... y valores!

Este número:

- 1) Páginas 2 y 3
Valores y bien común



- 2) Páginas 4 a la 7
Acontecer



- 3) Página 8
En las manos de Dios



- 4) Páginas 9 a la 12
¿Valoramos a nuestros ancianos? Envejecer en la cultura del descarte



Valores y bien común



Proponer una reflexión en torno a los valores nos lleva, primero, a definir qué entendemos por esa palabra. En medio de la diversidad de criterios y conceptos, los asumimos como aquellas cualidades que sirven de norma de conducta y/o criterio de juicio, a partir de considerar que un modo de comportamiento particular o estado de existencia es personal y socialmente preferible a otros. Incluye cualidades relacionadas con aspectos sociomorales, intelectuales, actitudinales y con las relaciones interpersonales.

Mientras, se identifican las virtudes con las disposiciones constantes del alma que invitan a obrar bien y evitar el mal. Integridad de ánimo y bondad de vida. La persona, su dignidad y bienestar deben ser el centro de la incorporación de los valores. Estos son estables y —cuando se asumen como parte de la manera de ser— se interiorizan; aunque se aprecian variaciones de los estilos con los que se incorporan y asumen. Ellos, los valores, se expresan según las épocas, marcados por matices culturales.

Las nuevas generaciones, aunque incorporen valores semejantes, pueden nombrarlos de otra manera y expresarlos con diferentes estilos. Por ejemplo, la autoridad familiar se ha transformado, ha dejado de ser directiva y autoritaria, centrada en la figura del “cabeza de familia”. Esta ha pasado de la obediencia ciega a una relación dialogante, donde las diversas generaciones participan y en la cual principalmente padres e hijos pueden sostener una comunicación que facilite el crecimiento psíquico y espiritual de todas y todos, y que este no se limite al crecer intelectual.

Por esto, se aceptan los valores como un conjunto de normas éticas para la convivencia, como pautas morales que son reconocidas como buenas y se incorporan como virtudes que distinguen a cada cual. En la actualidad es poco frecuente el empleo



del término virtud porque se identifica y se acepta como sinónimo de valores, por lo que muchos consideran que se trata precisamente de su integración a la manera de ser de cada persona.

Desde los enfoques psicológicos se denominan con diferentes términos: sistema de valores, escala de valores; al considerar que se trata de un conjunto de cualidades que ordenados de manera personal, resumen lo más importante del sentido de la vida que guía a cada mujer y a cada hombre. Lo que se propone al actuar ante las diferentes realidades.

En el debate acerca de la formación de valores coexisten varias tendencias. Unos afirman que se han perdido y otros les restan importancia al tema, por asumir como innecesario intencionar la educación en este sentido. Sin embargo, un apreciable

grupo considera que la primera formación de valores depende de la familia.

¿Cómo pueden perderse si vienen de la familia? ¿Acaso se piensa que todas las familias son disfuncionales, o aceptamos que, en su gran mayoría, se esfuerzan por dar lo mejor a sus hijos e hijas acorde a las diferentes realidades?

Es posible que quienes pueden olvidar el saludo o las expresiones de gratitud, tan agradables para la convivencia, sean los primeros en ayudar ante una situación de riesgo o necesidad. Por esto, no es bueno confundir costumbre con valores.

De acuerdo con la opinión que se inclina a la responsabilidad familiar en la formación de los valores, es necesario tomar posición para el trabajo con las familias. “Una auténtica fe, que nunca es cómoda e individualista, siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor después de nuestro paso por la tierra” (E.G. párr. 183, pág. 110).

Es inherente al compromiso cristiano tener en cuenta que las familias en general —y más aun las que atraviesan situaciones difíciles— necesitan más que críticas, apoyo y acompañamiento. De ahí que la conversión cristiana exige revisar especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común (E.G. párr. 109 pág. 182).

Referencias:

Evangelii Gaudium (E.G.) Papa Francisco. Publicado el 26 de noviembre de 2013.



Los secretos del Buen Envejecer

| Por Roberto Alfonso Lara

Si hoy una de cada cinco personas en la región centro sur del país tiene 60 años o más, para 2050, cuando las canas pinten al 36 por ciento de la población cubana, será preciso que se multipliquen iniciativas similares a las promovidas por el Programa de Personas Mayores (PPM), desde los difíciles años 90.

El Seminario del Buen Envejecer es tan solo ese espacio de visibilidad de cuanto acontece sin estridencias. Durante su tercera edición en la Perla del Sur, casi medio centenar de adultos mayores concurren al Santuario de San José Paraíso.

Miembros de 36 comunidades, los asistentes al encuentro intercambiaron sus experiencias en torno a las prácticas productivas como formas de participación social, eje temático de la cita.

“No solo lo centramos en lo económico, sino también en cómo las personas de la tercera edad pueden contribuir y ayudar a su entorno, de modo que se sientan plenas, a gusto y útiles”, dijo Ana Isabel Palenque Guillemí, coordinadora diocesana del PPM, de Caritas Cienfuegos.



Dinámicas de participación, ponencias, poemas, décimas y una expo-feria de manualidades y costura, ocuparon las sesiones del seminario, orientado a favorecer la interacción y gratificación espiritual de los abuelos. El evento contó con la presencia del Dr. Ángel Antonio Martínez, miembro del equipo nacional de Formación del Programa de Personas Mayores.

“El impacto lo apreciamos en ese regocijo que experimentan luego, al hallarse acogidos y ser protagonistas de espacios que redimen su papel protagónico en la sociedad y la familia. En ello —concluyó Palenque Guillemí— consiste el ‘Buen Envejecer’: es un regalo de satisfacción y felicidad”.

Un sueño musical compartido

| Texto y foto: Amalia Ramos Ivisate

Cuando Sheylah me comentó la necesidad y el deseo de crear un disco, pensé que era una gran locura, un trabajo muy difícil de realizar. Así recuerda Abrahan Gil el comienzo de la aventura que lo llevaría a procesar sonidos en la sala de una casa.

Él fue el encargado de la grabación, mezcla y edición del fonograma Soñando en grande, un proyecto que nació desde el Programa de Personas Mayores (PPM), de Caritas Matanzas, para homenajear a quienes a lo largo de los años han animado actividades y matizado momentos especiales en esa diócesis.

La historia de esta producción, presentada oficialmente el 1 de marzo en la Casa de la Cultura Bonifacio Byrne, se halla en cada una de las voces e instrumentos que la

componen, artistas que en su mayoría no solo acumulan canas, sino una larga labor de servicio al PPM.

“En el Programa —explica Sheylah Rosa Gallardo, su coordinadora diocesana— uno de los ejes fundamentales de trabajo es la promoción de la participación activa de las personas mayores”.

Esa fue la principal motivación para que aficionados y artistas como Disnarda Elena Gutiérrez se integraran a la propuesta discográfica. Ella lleva 72 años en la música como profesional, y desde hace 10 colabora con el PPM junto a su esposo Héctor Hernández. En sus palabras, el disco ha sido un regalo: “¡es una cosa tan emotiva poder oír tu voz después!”



La creación de Soñando en grande apenas muestra una parte del acompañamiento que realiza el PPM a los más viejos en la diócesis matancera. El verdadero impacto de proyectos como este se manifiesta, de forma sincera, en sus protagonistas: “Para mí ha sido algo grandioso, que nunca en mi vida había imaginado —afirma Raúl Martínez, de 91 años e integrante del Conjunto Marcha Atrás—. No quiero competir ni ganar méritos como cantor, lo que quiero es ganar amor, amistad, fe... así que muchas gracias”.

Cáritas por el cuidado de los ancianos

| Texto y foto: Manuel Alejandro García Morales

El pasado 2018, Cáritas y su Programa de Personas Mayores en Pinar del Río desarrolló en la Casa para la Promoción Humana Integral “María Antonia Sojo”, el curso para cuidadores de personas mayores, el cual contó con la participación de 20 voluntarios y fue impartido por especialistas del territorio en diversas ramas de la salud.



Debido a su impacto positivo, se decidió en este año impartir los cursos en dos zonas pastorales de la Diócesis, para acercar así la formación de voluntarios a todas las parroquias y comunidades cristianas.

En el primer cuatrimestre del año, se desarrolló en la Parroquia “San Hilarión Abad”, en Guanajay, con la participación de 40 voluntarios de las comunidades de Cabañas, Mariel, Artemisa y de la anfitriona, quienes recibieron la preparación en 3 encuentros. En el mes de septiembre será el turno para San Cristóbal, Santa Cruz, Bahía Honda, Candelaria, Los Palacios y San Diego de los Baños.

Por mejores cuidados al adulto mayor

| Por Roberto Alfonso Lara

Aunque no todas las personas envejecen de la misma manera, ni asumen igual esa etapa de la vida, rebasar los 60 años de edad impone desafíos a nivel individual, familiar y social.

Si bien Cuba implementa acciones integrales en torno al fenómeno del envejecimiento poblacional, tales esfuerzos aún son insuficientes. De ahí la relevancia de los cursos para cuidadores de personas dependientes impartidos por especialistas del Programa de Personas Mayores (PPM), de Cáritas Cienfuegos.

Tras poco más de un año, esta iniciativa celebró en marzo su última edición, orientada al monitoreo y evaluación de las experiencias compartidas en cada una de las 36 comunidades cienfuegueras donde está presente el programa.

Durante la cita, en el Santuario de San José, en Paraíso, trascendió la conferencia “Cuidados paliativos en enfermos terminales”, a cargo del Dr. Alfredo A. Espinosa Roca. En su diálogo con los participantes, el galeno aludió a nociones legitimadas al respecto por la Organización Mundial de la Salud (OMS).

Otro momento de aprendizaje derivó del tema presentado por María del Loreto Reyes Garriga sobre “Manejo psicológico en situaciones de trauma”. Su exposición puso énfasis en las maneras de auxiliar a los adultos mayores víctimas de eventos traumáticos, en aras de contribuir a la

restauración de su equilibrio emocional y psicosocial.

Tales disertaciones fueron el preámbulo para la socialización de las experiencias suscitadas en las diferentes comunidades, como resultado de los conocimientos adquiridos en estos cursos de adiestramiento.

Razones de un taller de manualidades

| Por Equipo de Comunicación de Cáritas Matanzas

Motivar el aprendizaje de nuevas técnicas, romper mitos impuestos a la edad, destacar la imagen positiva de las personas mayores y lograr una buena receptividad comunicacional en atención a los soportes utilizados, fueron los objetivos del Intercambio de Talleres del Programa de Personas Mayores, desarrollado durante los días 2, 3 y 4 de abril por Cáritas Matanzas en la Casa Diocesana La Milagrosa.



Los esfuerzos de unos 40 integrantes de las Diócesis de Pinar del Río, Santa Clara y Matanzas ganaron espacio al breve tiempo, cuando alguna jornada alcanzó hasta altas horas de la noche y el intercambio de ideas y aprendizaje redundó en habilidades para

el ejercicio del marmolado, la cerámica fría, el drapeado capitoné, muñequería con diversos usos o confecciones para útiles de coser.

Cada sesión fue oportunidad para compartir experiencias y conformar un todo, que a la vez sirve de terapia en el cuidado integral de la persona, para prevenir su deterioro cognitivo y elevar la calidad de vida.

Realizan visitas de acompañamiento en Pinar del Río

| Texto y foto: Manuel Alejandro García Morales

El pasado 5 de abril el Programa de Personas Mayores de Caritas Pinar del Río realizó una visita de acompañamiento a los servicios de alimentos y lavado de ropa de algunas comunidades de la diócesis.

El recorrido por Taco Taco, Santa Cruz y San Cristóbal contó con la presencia de José Vicente Concepción Robaina, Director de Caritas Diocesana; y Nora Martos Díaz, coordinadora del mencionado Programa en el territorio.



La visita sirvió para intercambiar con los voluntarios y beneficiarios, quienes se mostraron felices y agradecidos por la labor que realizan y los bienes recibidos. El contacto fue

efectivo, además, para la entrega de materiales e insumos.

Comparte el PPM de Caritas Cuba su Encuentro Nacional de Formación

| Por Equipo de Comunicación de Caritas Cuba

El cuidado integral de las personas mayores visto desde una perspectiva de derecho fue el tema que motivó el Encuentro Nacional de Formación del Programa de Personas Mayores (PPM) de Caritas Cuba, celebrado entre los días 26 y 28 de abril en la Casa Sacerdotal San Juan María Vianney.

En el encuentro participaron coordinadores diocesanos del programa, animadores y miembros de los equipos de formación nacional y diocesanos.

Algunos de los temas de esta puesta en común fueron “La perspectiva de defensa de los derechos de las personas mayores”, impartido por el Dr. Cormac Bustillo; “El acompañamiento a personas mayores en situación de dependencia y/o vulnerabilidad”, desarrollado por Ofelia Bravo; “Los aspectos legales en la protección social de las personas mayores”, explicado por el Lic. Leonardo Hernández; y “La participación social en las personas mayores”, expuesto por Ángel Martínez.



En las manos de Dios*

| Por Michel Pérez Abreu

Uno de los proyectos de Caritas Ciego de Ávila con un mayor calado en la comunidad, por su propia naturaleza, es el de los comedores. En la parroquia de Nuestra Señora de la Caridad, de Pina, funciona uno, el comedor Padre Olallo, que cumplió el pasado mes de diciembre 10 años de servicio. Conversamos con uno de sus fundadores, Armandito, joven avileño que creció en la fe, al lado de mucha gente humilde y agradecida.

– *¿Cómo surge la idea de abrir un comedor en Pina?*

Armandito (A): La idea de abrir un comedor en Pina surgió como una necesidad, una necesidad muy genuina del espíritu. Recuerdo los primeros pasos que dieron origen a su surgimiento por allá por el año 2009. Teníamos en Pina un grupo de jóvenes con mucha energía por gastar, pero a la misma vez con mucha vocación para la caridad. Por otra parte, la existencia de muchas personas que necesitaban de algo tan elemental como era la alimentación, y eran personas descartadas por la sociedad, la gente se les alejaba por repulsión, por miedo.

Todo esto fue visto en primer lugar por quien fue su líder, Jorgito, quien tiene aún la habilidad, quizás el carisma, de encontrar a los más necesitados como nadie y una sed de hacer la caridad. Fue él el protagonista indispensable para hacer que un grupo de jóvenes dejara de dormir la mañana de un

día 25 de diciembre y fuera a colaborar con la primera comida para pobres en nuestro templo. (...)



Luego vinieron otras oportunidades en que se hizo por otra fecha una comida con las mismas características, hasta que Caritas Diocesana, en la persona de Roberto y otros hermanos en la Fe, tienen información sobre lo que estaba pasando y hacen la propuesta a Jorge, que fue acogida con mucha alegría, no solo por él, sino por el padre Juan, quien comenzaba a atender la comunidad entonces.

Así surgieron una vez al mes las comidas para los más necesitados, como le llamamos al principio. El 99 % de los voluntarios éramos jóvenes que comenzamos a poner nuestra ilusión en ese comedor y en lo que era evidente: un alivio increíble para estas personas tan necesitadas. Luego, tras las muchas necesidades que los beneficiados mostraban tener, se amplían las comidas y se comienza a dar desayuno y almuerzo, llegando a ofrecerse todos los domingos. Nos dividimos en dos grupos para poder cubrirlos y comenzamos a hacer cosas, yo creo que fue a desarrollar dones del Espíritu... Así, unos aprendimos a animar, otros a pelar, otros a lavar las cabezas, peinar, cocinar y

muchas cosas más. Era algo verdaderamente impresionante, el aspecto de las personas cambió tanto que suscitó en la gente del pueblo la curiosidad por saber cómo era posible aquello y así crecían los frutos del trabajo, las colaboraciones venían de todas partes y maneras, mucha gente se nos acercaba para ayudar con su trabajo, con algo que traían de su casa.

– ¿Cuál fue el impacto que tuvo este servicio en la comunidad?

A: La verdad es que la experiencia que tengo del comedor es de las mejores cosas que he tenido en mi vida. Medir cuánto bien nos hizo a nosotros, a la comunidad, al pueblo y a cuántos nos visitaron, yo creo que sería lo mismo que tratar de explicar a Dios. Por eso solo puedo decirte algunas cosas que aprecié. Nuestra comunidad inmediatamente antes de que comenzara el comedor estaba casi en cero pastorales, no había vida, ni ánimo, estaba todo bastante apagado. El comedor fue como si una fuerza imparable nutriera a la comunidad de una luz, una fuerza, un impulso... Florecieron muchas vocaciones en esos tiempos, se nutrieron muchas otras pastorales de laicos comprometidos.

Creo que uno de sus mayores impactos fue en los jóvenes, pues de solo esos del comienzo se incorporaron después activamente muchísimos más, al punto de que si nos reuníamos todos superábamos los 30. Por otra parte, la comunidad y la iglesia en general gozaron de un prestigio incorruptible y un rostro fidedigno de la misericordia de Dios. (...)

– ¿Cuál sería tu testimonio al hablar sobre este proyecto tan humano de Caritas?

A: En cada pregunta me resulta difícil sintetizar, porque es mucho lo que viví en los 8 años que estuve cada domingo en el comedor. Tenía 25 años cuando comencé en esa maravillosa experiencia. Fue como el área de práctica de todo lo que iba aprendiendo porque además era neófito en la comunidad. Todo lo que aprendía con el Padre Juan, todo lo que vivía con los amigos que iban afianzándose, tenía como escenario al comedor, es imposible desligarlo de ese crecimiento en la fe. Por eso para mí el comedor fue una escuela, una escuela del alma.

Yo siempre digo que soy una nueva persona, y muy diferente a la que era, después de esos acontecimientos en mi vida. La experiencia de darse al otro a cambio de nada y sentirse a gusto, pasar por encima de la crítica de la gente que te quiere convencer de que pierdes el tiempo. Yo no entendí casi nada de la misa por mucho tiempo, pero en el comedor me quedaba claro que eso era de Dios, me sirvió como punto de referencia para todo lo que aprendí después. Fue encontrar un amor irrenunciable por mi comunidad, fue sentir mío el dolor ajeno, fue aprender a mirar más allá de la apariencia externa de las personas. Fue aprender a encontrar que Dios tiene una mirada misericordiosa, fue aprender a dejar el timón del barco de mi vida en las manos de Dios. Es la base de todo lo que hoy soy, de cómo pienso y veo a Dios.

**Adaptación a la entrevista publicada bajo el mismo título en la página web de Caritas Cuba.*

¿Valoramos a nuestros ancianos? Envejecer en la cultura del descarte

*Tomado de <https://es.aleteia.org/2016/06/21/valoramos-a-nuestros-ancianos-envejecer-en-la-cultura-del-descarte/>

|Por: Miguel Pastorino

La expresión “cultura del descarte”, que en más de una oportunidad ha utilizado el Papa Francisco, nos evoca un modo de pensar y vivir que nos deshumaniza progresivamente.

¿Qué es lo que más se valora en la cultura dominante? Responder a esta pregunta nos puede ayudar a comprender las causas de la indiferencia ante los ancianos, especialmente hacia los más vulnerables.

Vivimos en una sociedad del rendimiento y la productividad, en la que un ser humano es lo que rinde, lo que produce. El valor que uno da a sí mismo y a los demás está pautado por este aire sociocultural que respiramos, donde los valores que se imponen son los del mercado, en todos los ámbitos de la vida y de las relaciones humanas: ¡vale lo que produce!

En este contexto es comprensible que aquello en lo que se apoyaba la propia autoestima de las personas jóvenes, con la vejez vaya desapareciendo y con ello también sientan la desvalorización por parte de los demás.

Cuando el valor de la propia vida depende del tipo de trabajo que se realiza, de la

productividad, de la influencia y posición social, de la apariencia y la fuerza física, de la independencia económica, de la eficiencia profesional, y todas estas cosas comienzan a perderse por la edad; aparecen entonces sentimientos de una gran frustración e impotencia, al tiempo que una desorientación general sobre el sentido de la vida y la sensación creciente de ser una “carga” o un “estorbo” para los demás.

Pero esto se recrudece cuando los más jóvenes ven a los ancianos como cargas y estorbos, llegando a vivir con “normalidad” situaciones de auténtico maltrato y vulneración de los derechos de las personas ancianas.

(...)

En el último siglo, la expectativa de vida ha aumentado considerablemente; además, las personas se mantienen sanas durante más tiempo y según estimaciones recientes, para el año 2050 más del 20% de la población mundial tendrá más de 60 años.

Por otra parte, el envejecimiento se va haciendo cada vez más diferenciado, ya que podemos distinguir varias etapas dentro de la propia vejez. Por un lado están los “ancianos jóvenes”, recién jubilados, que todavía están muy sanos de cuerpo y mente, y pueden seguir muy activos después de los 60 y 65 años. Luego hay otros que ya sufren deterioros importantes de salud y otros que ya no se valen por sí mismos y necesitan atención permanente. Finalmente están aquellos que por padecer enfermedades que provocan trastornos de la personalidad —senilidad o Alzheimer— tienen una dependencia absoluta para sus cuidados.

(...)

Un tesoro olvidado

Todavía hoy en otras culturas, el anciano es un tesoro de sabiduría, alguien reverenciado por su trayectoria temporal, por su experiencia vital, por su talento acumulado. Los ancianos son los que han salvado los tesoros más ricos de las tradiciones humanas. Nosotros hemos perdido la memoria de su lugar en el mundo.



El dominio de la lógica tecno-económica en todos los ámbitos de la vida y los valores que se imponen nos han dejado ciegos ante el tesoro que esconde la vejez.

Muchas personas adultas se sienten deslumbradas por la información actualizada y los conocimientos técnicos que dominan los adolescentes y jóvenes. También tienen cierta desorientación por los cambios culturales que han operado en unas pocas décadas y que los deja con muchos complejos, como para ponerse de consejeros de los más jóvenes. Pero esto es solo una imagen superflua de los cambios

culturales, porque la realidad del talento adulto es bien distinta a como es valorada.

Los mayores traslucen una actitud vital y una libertad interior que es fruto de la madurez, que no nos puede aportar la ciencia y la técnica, ni está disponible en internet. Los mayores tienen talentos especiales que solo los da el tiempo y ninguna maestría universitaria: la sabiduría para distinguir lo importante de lo superfluo, la mirada contemplativa y profunda sobre los acontecimientos, la paciencia que sabe esperar con alegría, la fortaleza interior y el aguante para sostener a quienes no soportan la frustración, la prudencia del autocuidado, la visión amplia y desafectada frente a las urgencias cotidianas.

Los mayores traen paz y aceptación a un mundo herido, nos regalan otro modo de vivir el tiempo y la gratuidad. Lejos ya de los sueños adolescentes, el anciano nos enseña a enfrentarnos con la verdad de la vida, con un realismo profundo, para hacernos capaces de distinguir lo efímero de lo que permanece.

Los mayores también nos enseñan a aceptar nuestros límites, a que no se puede hacer todo, a amar nuestra verdad y a no querer ser lo que no somos. En muchos países hay empresas que comenzaron a invertir en recuperar el talento de los jubilados, que si bien no pueden hacer el trabajo de los jóvenes, tienen un tesoro de experiencia acumulada que no debería ser desperdiciada y que puede ser iluminadora para las nuevas generaciones de jóvenes emprendedores.

Una nueva etapa con sentido

El miedo a la inutilidad que acompaña el envejecimiento, el miedo a volverse un peso, a quedar solo y abandonado, solo puede vencerse cuando se descubre que cada etapa nueva de la vida puede hallar un nuevo sentido. El horizonte existencial ya no debe estar pautado por las reglas de la juventud, sino que ahora el tiempo se vive desde otro lugar.



No hay receta para ninguna etapa de la vida, pero sí sabemos que las personas cuya vida tiene sentido, viven más felices y se vuelven siempre fecundas. Aceptar el límite nos abre a la dignidad de otro modo de vivir. No valemos por lo que hacemos o tenemos, sino por quienes somos. Nadie es amado de verdad por lo que hace, sino solo por quien es. Esto lo repetimos durante nuestra juventud como frases muy bonitas, pero solo pueden comprenderse y vivirse cuando lo que hacemos ya no vale (monetariamente) tanto y solo queda lo que realmente importa: quienes somos.

El ejemplo de muchos mayores que en la etapa post-jubilatoria volvieron a estudiar, a ejercer nuevas tareas, a dedicarse a otros

en incontables tareas de voluntariado, son el signo de que hemos estado ciegos para ver la riqueza que se esconde en la plenitud de la vida.

La visión cristiana es contracultural en el ambiente que valora lo productivo, porque el ser humano a medida que envejece camina hacia la vida más plena. Solo los que saben morir a lo que ya fue, pueden abrirse a lo que vendrá. Por eso toda la vida es adviento, es espera cotidiana de que lo mejor está por venir, es esperanza firme de que mientras nos vamos deteriorando exteriormente, nuestra interioridad va creciendo como en ninguna otra etapa de la vida.

(...)

Los ancianos tienen mucho que enseñarnos sobre virtudes como la serenidad, la paciencia, la gratitud, la benevolencia, la libertad interior y el amor. ¡Recuperarlos como maestros de la vida es tarea de todos!



El Papa Francisco lo expresó con gran claridad: “Los ancianos son una gran inyección de sabiduría también para toda la sociedad humana: sobre todo para la que está demasiado ocupada, demasiado empeñada, demasiado distraída”.